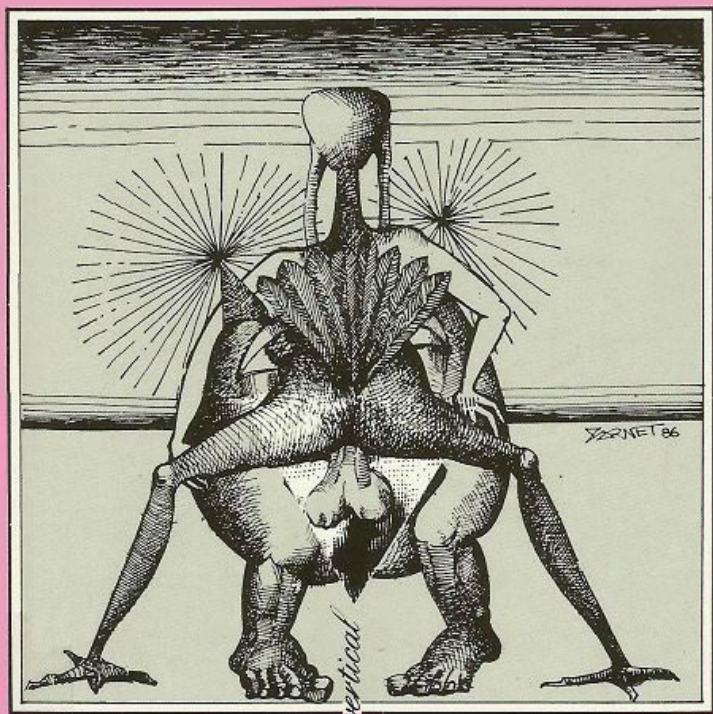


Benjamin Peret
El virconde Tajillero
de los
Cojones Blandos



La sonrisa vertical



Este brevísimo relato erótico de Benjamin Péret, uno de los grandes nombres del surrealismo francés y maestro del humor negro y del absurdo, es una muestra magistral del espíritu y profunda transgresión con el que los surrealistas más puros han sellado siempre todas y cada una de sus obras.

Aquí se nos cuenta, con la más desvergonzada sonrisa de la que es capaz Péret, entre narraciones, cánticos y poemas, las muy desaforadas hazañas del vizconde Pajillero de los Cojones Blandos. En todo momento el lector sentirá esa necesidad que han sabido transmitir los surrealistas de dejarse llevar, al filo del lenguaje asociativo del inconsciente —al que ellos llamaban «automático»—, en plena libertad, sin inhibiciones, hacia sus más extravagantes fantasías, al límite de lo grotesco o impensable.



Benjamin Péret

El vizconde Pajillero de los Cojones Blandos

La sonrisa vertical - 69

ePub r1.0

Titivillus 11.10.15

Título original: *Les rouilles encagées*

Benjamin Péret, 1954

Traducción: Xavier Domingo

Ilustraciones: Ives Tanguy

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



«¿Qué es lo que me hace cosquillas más agradables en la polla? ¿Una pluma, una hoja muerta, un cochero de punto o una abortadora?», se preguntaba el vizconde Pajillero de los Cojones Blandos.

Para averiguarlo, el vizconde arrancó una soberbia pluma verde a su loro, el cual, volando por todo el salón, se puso a gritar:

—¡Maricón! ¡Maricón de mierda! ¡Ya no te haré más pajas con el pico!

Pero el vizconde se cachondeaba de las quejas del loro. De un golpe seco hizo saltar los botones de su bragueta y comenzó a pasearse la hermosa pluma verde por la enorme picha roja mientras se deleitaba pensando: «¡Esto sí que es un papagayo!». Su pene, erecto como un álamo, se reflejaba en el espejo y semejaba una larga hilera de árboles agitados por un viento invernal.

«¡Qué tiempo!», decía el espejo colocado encima de la chimenea y, surgiendo de la polla, el haba del vizconde asentía frenéticamente: «¡Una mierda de tiempo, va a llover!». En efecto, un arco iris en miniatura apareció pronto sobre la picha en cuestión, a la que la pluma acariciaba con un ardor creciente, mientras los suspiros de Pajillero agitaban de tal manera los cortinajes que podía creerse que tras ellos se escondía un mirón. De repente, un grito inmenso rasgó el aire y las cuatro puertas que daban al salón se abrieron al mismo tiempo. Cuatro mujeres, vestidas solamente con un consolador metido en el coño, entraron corriendo en la habitación, en tanto que, desde detrás de la cortina, aparecían las piernas más bellas del mundo y gemidos capaces de transformar la mica en gafas de automovilista.

—¿El señor vizconde ha llamado? —preguntaron al

mismo tiempo las cuatro mujeres.

—Sí, nenas mías, me estoy corriendo.

Y los gritos del vizconde resonaron más sonora y agudamente que nunca, de forma que el espejo se partió por la mitad, dibujando un gran coño por el que se derramaba una catarata seminal tan perfumada que todos sintieron que se les hinchaban en el cuerpo mil pollas o tetas.

Las cuatro hembras se habían tumbado a los pies del Pajillero y se metían mano unas a otras pegando agudos grititos que espantaban al loro. El volátil —tras bañarse en un bidé donde crecían berros y largando blasfemias del estilo: «¡Me cago en Dios, no hace falta gritar tanto para gozar!»— fue a buscar al perro e hizo con él lo mismo que había visto hacer a su dueño. Acarició con el ala la pichita del can hasta que éste, despertándose, mostró al mismo tiempo la lengua y una especie de rabanillo rosado que excitó tanto al loro que le dio por culo de inmediato. Pero los dos animales armaban tanto follón que Pajillero de los Cojones Blandos y sus cuatro amigas dejaron de gozar. Pajillero adivinó rápidamente la causa del fracaso. Se levantó y, meneándosela con la pluma, se tiró encima de los bichos. Agarró al loro por la cabeza y lo arrancó brutalmente del culo del perro, que a su vez echó a correr tras el loro ladrando furiosamente.

Pajillero se lanzó entonces a por una rubia grande que se frotaba el pezón con un reloj que el vizconde había perdido mientras se masturbaba y que le venía de su abuelo, capitán de la guardia imperial, y un golfo famoso, que había recibido el reloj de un oficial que cayó prisionero y fue sodomizado en el sitio de Sebastopol. Pero el reloj, no acostumbrado a ser usado de esa suerte, no sabía qué postura adoptar y, cuando Pajillero agarró a la mujer, estuvo a punto de correrse arrojando lejos todas sus ruedecillas y hundiendo sus agujas en el chocho de la tía.

Pajillero le arrancó el reloj de las manos y se lo tiró al perro que, muy excitado, se lo tragó cuando el vizconde

hundía al loro vivo y coleando en el coño de la rubia, murmurándole al oído:

—Toma, chupona mía, goza.

El loro agitaba las alas y continuaba chillando como una tribu de indios, mientras la mujer maullaba como una loca respirando al modo de un fuelle de forja y Pajillero le descargaba la lechada en la oreja.

El perro, no encontrando nada mejor que hacer, se lanzó contra el coño del espejo y se frotó enérgicamente en él soltando ladridos de placer de forma que, al poco rato, el coño le hizo eco. Pero el perro, que no podía soportar las imitaciones, se convirtió en espejo y una de las mujeres lo cogió, se lo colocó entre los muslos y continuó pajilleándose con más ardor que nunca. Lo que no dejó de ocasionar en el espejo alguna perturbación. Se transformó en una gran marejada y luego —la mujer estaba cada vez más mojada— se erizó con pollas que iban fundiéndose en una sola, enorme: un miembro grande como un obelisco sobre el que las venas dibujaban un poema jeroglífico:



Poema leído en una picha

Ella vendía rábanos y berros
berros vendía de su mata
y rábanos con los que se hacía la paja
Era una chica guapa
con el culo en cada esquina
¡demasiado culo para la esquina!
culo que flotaba a lo lejos cual bandera
buscando loca una polla entera
Todo el día ella cantaba
Tengo una buena picha en la braga
Yo tengo una picha que tú no tendrás jamás
Joda y joda el que querrá
Yo seré la que gozará.

Aunque, en realidad, la polla se movía con tanto frenesí que resultaba imposible leer el poema. Pronto no pudo aguantar más y penetró en el chocho que se le ofrecía como un estanque a una camada de patitos. La mujer rugió (el león que escucha la caída del relámpago) y se corrió con tanta abundancia que podía pensarse que se derramaba un depósito en la habitación tan impregnada de olor a semen que... Pero la leche se enroscó en las patas de las sillas y las mesas, penetró en los muebles a los que fecundó aullando terriblemente, al modo del viento en las chimeneas cuando arden los troncos y su calor cosquillea agradablemente en los sexos semidormidos.

Y aquel olor no dejaba de tener influencia en los actores de la escena. El perro, al que habían dejado sin su loro, ladraba sin parar frotando en la espalda de las mujeres un pez colorado que les ponía la piel de gallina. Pajillero se había puesto a dos mujeres encima de su nabo y bailaban un son endiablado, mientras él paseaba por la habitación cantando vísperas con aspecto concentrado. Las otras dos mujeres, que, ahítas, reposaban, creyeron conveniente persignarse una docena de veces en el coño, mientras decían sus rezos:

Oh gran espíritu santo de caca
virgen por todas partes enculada
tengo la jarra llena de agua bendita
moja en ella la picha antes de metérmela
hay coños de nenúfar en la pila
vete a magrearlos antes
por el culo métemela luego
Cristo no tiene picha
por eso lo clavaron
riega riega la leche
de nuestros coños el fondo



El vizconde Pajillero de los Cojones Blandos, meneándose la polla en un vaso de oporto, contemplaba con orgullo su árbol genealógico. A medida que los veía con sus pichas erigiéndose duras como una lanza dirigida contra Dios, la suya se agitaba cada vez más convulsivamente en el vaso de oporto, que hacía espuma como esperma batido.

Que haga espuma este oporto, este esperma, este humo enloquecido que oscurece el cielo de toda una ciudad cuyos habitantes decidieron tocar las doce campanadas de mediodía (y de medianoche), acompañadas por un «¿Quién me está jodiendo con un golfazo de mierda de Dios (basura de una virgen) incapaz de follar como una trompeta del juicio final?», a fin de mostrar que en este instante su esperma se lanzaba hacia el Sol.

Mas la espuma del oporto, que el vizconde no se bebía, no tardó en emocionarse. ¡Nadie masturba en vano al vino, aunque sea embocado! De ese vaso surgió una enorme columna de espuma que pronto adoptó formas femeninas y, al precisarse la visión, los muslos se abrieron dejando ver un conejito fresco como el pájaro que sale volando de un tilo en flor.

De repente, la verga del vizconde se agitó con tanta fuerza que se rompió el vaso, rajado más bien por la mitad, la picha, alargándose como la barra de hierro al rojo golpeada por el martillo del forjador, penetró en el chocho como un autobús en una tienda de porcelanas. Al mismo tiempo, el vizconde se arrancaba uno a uno los pelos de los cojones murmurando: «Me amo... un poco... mucho... apasionadamente... sí... no», y así sucesivamente hasta que su leche, cogiendo carrerilla, saltó caprichosamente por la vagina de la aparición que no estimó necesario imitar el croar de la rana, demostrando así que gozaba como un estanque bajo el sol. El vizconde acababa de arrancarse el último pelo

constatando que, sencillamente, «se amaba».

Sacó la polla de la vagina y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, su lechada, ahora cubierta de pelos, manaba de la vagina a la que había sido proyectada y le arañaba el rostro: su esperma se había convertido en una horda de gatos que maullaban encolerizados.

Tras haberse peleado con los gatos furiosos, se levantó con la cara ensangrentada y vio que todos los animales se habían refugiado en un árbol que había crecido en medio de la habitación. Era un vegetal hecho de pollas y cojones engarzados, alguno de los cuales, y por turno, proyectaba un chorro de esperma que, tras describir una parábola, caía al suelo en espiral.

—¡Mi árbol genealógico! —exclamó el vizconde sorprendido.

Y saliendo de los cuadros donde estaban enterrados, se le acercaron sus antepasados. Sus pichas, hinchando los pantalones o abollando las armaduras, iban cinco pasos por delante, y los pelos de los huevos se les salían por todas las costuras de las vestimentas. Las mujeres se masturbaban con la Cruz o meaban en cálices de los que saltaban grandes sapos. Pronto rodearon todos al vizconde, acosándole a preguntas:

—¿Has violado a una china de ojos verdes?

—¿Te has hecho pellizcar la verga por una ostra?

—¿Cuántos sacacorchos te has metido por el culo?

—¿Llevas alianza en la polla?

—¿Te has tatuado los cojones con tu retrato?

—¿La has gozado con la cabeza de algún guillotinado?

—¿Has abierto alguna caja de caudales con la picha?

—¿A cuantas monjas se la has metido por el culo cuando pronunciaban sus votos?

—¿Has follado con las teclas de un piano?

—¿Cuántos cráneos has partido a pollazo limpio? Y, entre ellos, ¿cuántos eran de cura, de militar o de vieja desvalida?

—¿A cuántos animales del zoo has sodomizado? ¿De

qué especies?

—¿Qué opinas del ave lira?

—¿Te pones gafas para joder?

—¿Te la meneas con la cuerda de algún ahorcado?

—¿Has masturbado a alguna serpiente de cascabel?

Y otras mil preguntas.

Pajillero, frotándose la polla en la jiba de una de sus abuelas enanas, respondía lacónicamente y con voz jadeante:

—Chinas, no..., tengo la verga demasiado grande... No, me las como... En el de mi portero... No, pero tengo unos pendientes hechos con cojones... No, sólo la batalla de Austerlitz... En cada ejecución capital..., y me la como luego con vinagreta... No tengo caja de caudales... A doscientas o trescientas... No, prefiero una trompeta en el ano... Me he hartado de reventar ojos, con preferencia, de cura..., dos o tres oficiales de caballería igualmente... ¡Ah!, sí, a casi todos. El único que se me escapó fue el cocodrilo..., era muy estrecho... Divina, la lira alrededor de los cojones... Es mucho mejor una rata blanca en la cabeza... Casi a diario... Sólo los cascabeles... Cada vez que paso por un viaducto... ¡Viva el jamón!... ¡Ah, las barbas de patriarca!... ¿El Duque de Maura? Sólo con tenedor... En los árboles frutales es perfecto; hace que la fruta madure y caiga...

Pero la muchedumbre crecía a su alrededor. Ya eran casi cien, con la polla tiesa o el chocho húmedo, unos con el halcón en el puño o arrastrando manadas de ocas, otros tocados con sombreros de copa o con toda clase de cepillos. Un centenar de personas esperando que alguien se arrancara con «La Marsellesa» para izar su semen como una bandera victoriosa.

Poco a poco, Pajillero iba reconociéndolos. El venerable anciano que, con mano temblorosa, paseaba su blasón usado por su picha entumecida, era el cabeza de la familia, el antepasado de todos y el suyo propio, el noble caballero Meada de Verga-Baja. Fue compañero de san Luis y más de una vez tuvo el honor de darle por el culo.

Una miniatura de la época le pinta sodomizando al rey. Ambos están bajo la encina tradicional desde donde el rey administra justicia. Les rodea una multitud de obreros y campesinos. El rey sentencia. Pero la historia que nos trae la anécdota no nos dice el procedimiento que empleaba el rey para que esta justicia tuviera un carácter en cierto modo automático: se daba la razón al que presentaba los testículos más gruesos o más peludos. Lo demuestra la actitud del pueblo en la miniatura: todos llevan los cojones en la mano como si quisieran ofrecérselos al rey.

Su hijo, Prepucio, a quien el propio san Luis hizo Conde de la Porculada, gozaba de celebridad en la corte por su colección de pollas y coños que había cogido a los infieles y hecho disecar. Una vez, sin embargo, esta pasión coleccionista casi le lleva a la pira. Descubrió al Papa haciendo un 69 con la madre superiora del vecino convento y lo confundió con un bárbaro que había jurado que la violaría. Estaba a punto de castrar al Pontífice cuando el Espíritu Santo surgió de la picha del Papa y transformó su puñal en coño, causando tal gozada al Santo Padre que por poco fallece. Prepucio estuvo en un tris de pagar este pánico con su vida. Ahora camina hacia su padre masturbando con la mano izquierda a su hija Pelotas mientras hunde el pulgar de la derecha en el culo de su hijo Cachondín, que hace lo mismo con su padre. Ante el idílico espectáculo, Meada de Verga-Baja sonrío débilmente y su picha se agita como un pelo en una corriente de aire, pero esto no es más que un incidente cuyo final no se hace esperar. Se le baja la polla y el peso del capullo la arrastra hacia el suelo, donde rebota dos o tres veces como un juguete con resortes. Prepucio y sus hijos no podrán hacer nada para evitarlo. De nada sirven las hileras de hormigas que recorren el miembro del anciano, ni las anguilas introducidas en el meato, ni las guirnaldas de flores colgadas de los pelos de los cojones. Cachondín pide ayuda a sus nueve hijos:

—¡Semencillo! ¡Vaginetá! ¡Pubisco! ¡Felpudilla!
¡Tiesón! ¡Clitorisolda! ¡Magreadez! ¡Culoculez!

¡Chupapollas!, ¡acudid!

Todos se precipitan, encabezados por su madre, Quemecorro de Polvazo, la cual justifica su apellido dejando tras de sí un rastro espeso del esperma que fue recibiendo durante toda su vida y que continúa recibiendo de sus hijos, especialmente de su preferido, el poeta Chupapollas de la Porculada, cuyos versos más hermosos nos han llegado tatuados en las nalgas de sus familiares. Las cuales, conservadas de generación en generación, son hoy las cúpulas de todas las mezquitas de Oriente. Durante siglos, la noble estirpe de los Porculada no se atrevió a mirar los célebres poemas, pues se decía en su prefacio que quien los leyera sin haberse corrido siete veces consecutivas un día de Viernes Santo, con un crucifijo metido en el culo, jamás podría volver a sacarse tan engorroso objeto.

Tan sólo a principios del siglo pasado uno de los descendientes, el marqués Braguetillo de Satiromonte, cumplió con la condición y releyó estos poemas que ahora va a recitarnos sentado en el dedo de Dios, quien, con la otra mano, le pasea un lenguado palpitante por la picha:

Cojones floridos nunca hicieron ramo
de polla tridente
El tridente no tiene cojones
y los míos revolotean
Globos cautivos que estremecen bosques
rosados pezones

El as de bastos se persigna a su paso
y el mar como hembra que se toca el chocho
se conmueve si mis cojones se acercan

El dedo de Dios se vuelve loco... No es un dedo, es un perro rabioso. ¡Qué le importa a Braguetillo! Cambia de nalga:

Lejos de los asnos lejos de los negros
que machacan mi picha rocinante
Si pepinos son sus padres
quién entonces los vació
Brillando al sol un regimiento de coraceros
pasaba del trote a la carga
como bala de cañón

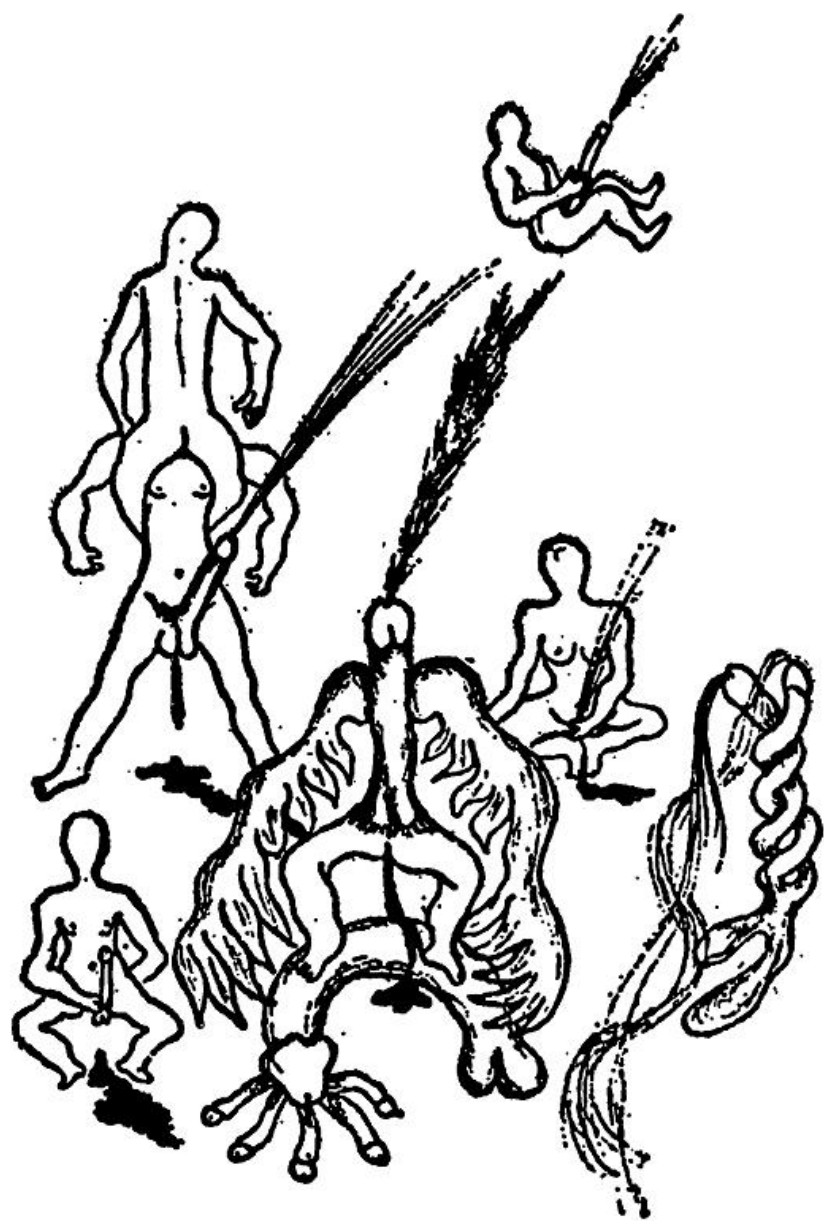
Las dos nalgas caen por el suelo y se rompen en mil pedazos que repiten, como un eco, las últimas palabras del poema: «Bala... bala... cañón».

Que surja una tercera nalga:

Cuelga una lámpara en tu polla
y ve
pero tiesa
y que la torre Eiffel escandalizada
se esconda en el culo del Trocadero
Que el Sena caliente
invada la calle Viola-Monjas
que los postes telegráficos
descarguen mensajes en la boca de la cloaca
y que la tela rojiblanca pierniabierta
yazga en colchones desventrados
Y no pares aquí
Mantenla tiesa cago en Dios
que la panadera sustituya al panadero
con una barra de pan
pan que viole a todas las doncellas
de la ciudad
Tiesa y siempre tiesa desvirga tabernáculos
follate guillotinas
y que decapiten al verdugo
Tiesa todavía tiesa y cada vez más tiesa
Que tu polla ronque como un torrente
paseando por el bulevar te precederá
la fama y gloria de tu verga
Todas las rojas hembras
te tirarán confetis blancos
los suyos

Braguetillo descansa paseando sus labios por el fresco chocho de su hermana Masturbel de Pomogral, que cría mariposas en su raja para gozar sin parar. Pero ¡esa lengua y esos labios fraternales! Braguetillo tiene la impresión de que una flor de melocotón se abre entre sus piernas.

Tras unos minutos de reposo, Braguetillo, sopesando sus huevos, prosigue:



La bailarina se abre de tijeras
y ves cómo sale volando el pajarillo
del fotógrafo
que es blanco rojo negro azul
la orgullosa tijera a cerrarse no se atreve
piensa ser nudo marinero en pluma de pavo real
Mueve amable la testa
de arriba abajo
de abajo arriba
Qué es
La picha de Pajimel
en el coño de Espermina

Nalgas, una tras otra. Las hay rosas y frescas como la aurora, duras como el granito batido por la marea alta, gordas como un zorro que ha devorado todas las gallinas del corral, y ligeras; pero todas tienen su historia:

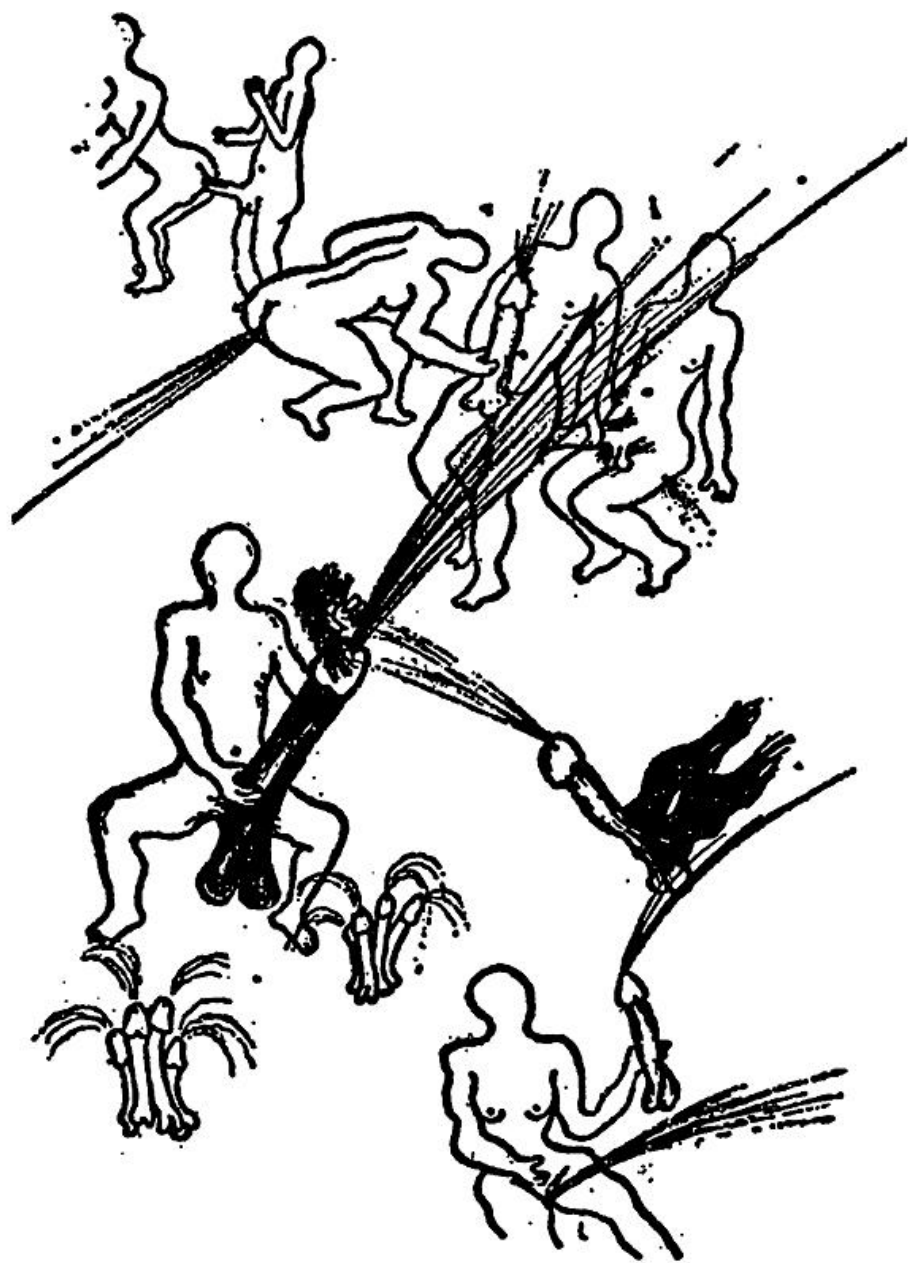
Lo que te sube por los muslos
no es brisa de montaña
ni es libélula
aunque en la montaña vive
y en la sombra de las cocheras pasa la noche
No dice nada pero lo sabe todo
El caballo blanco de Santiago
al moro Muza lo mostró
Adivina y verás
si mi verga es de turrón

Cuando tu madre se toca el pezón
tiembla toda la mansión
el vecindario cuelga la polla en el balcón
la golondrina chupa la punta del haba
y vuela la mansión por la cara del cura
sin cojones
Se la menea y menea
hasta que el Mont Blanc se marea
Desgraciada te vas a desgastar el pezón
pero toca y toca y se corre y chorrea
Al cura barre la marea
en el ano de Dios hunde la cabeza
El vecindario del balcón retira la polla
por hoy se acabó el Diluvio

A qué vienen aquí los patos
Qué patos ni qué patos
cuando es la hora de follar
en el metro y en las torres de la catedral
Cuando tocan a correrse y a gozar
como los pistones y el tio vivo
Los pájaros se corren volando
y los patos no lo hacen nadando
Cómetelos
y da por el culo al portero y a su hija
Se tocan el chocho sin parar
a ver si cambian

Mi polla azucarada qué rico bizcocho
Lamida de azúcar nena
más buena será la leche
sin peligro diabético
escondido en los viejos
de picha aplastada en las cerraduras
Ni a los perros tienta la de tu padre
pues lleva escrito un adiós
y cuando su lengua
ya no te llegue al clítoris
ni su mano temblorosa te apriete el culo
corta esa vieja picha momificada
y entiérrala en el tiesto del geranio
escribe aquí yace

¡Ah!, las niñas que se levantan la falda
y se masturban en el follaje
o en los museos
detrás de los Apolos de yeso
mientras mamá compara la polla del dios
con la del marido
y suspira
¡Ah!, si mi hombre así la tuviera
día vendrá en que la mamá al museo sola irá
y la niña con la polla escapará
y triste triste la madre robará
el puño de la puerta
de cristal



Si nadas sea tu polla timón
que te lleve al fin del mundo
de donde volverás cuando la tengas como puro
encendido
ahumante y caliente
que cada tía quiera chupar
No se lo dejes
Semen que se va
semen que no volverá
La que hoy te la chupa
mañana los cojones te roerá
Mantenla tiesa viejo golferas tiesa sin cesar
en donde quieras la meterás
No canta mejor un coño
al toque de la picha
por ser más rosa que los demás
Elije pues un chocho fresco
cual pozo bajo chopo
y di chopo con acento inglés

En tanto que el marqués Braguetillo de Satiromonte leía, sus antepasados no vagueaban. El autor del poema, Chupapollas de la Porculada, se magreaba la picha como si quisiera remar. Cuando la tuvo tiesa como un soldado alemán presentando armas, el cual, para este ejercicio, lleva al hombro una polla dura repleta de leche en vez de fusil, agarró su miembro y empezó a golpear con él a toda su familia. Golpeó con tal brutalidad que dejó a su sobrinita Libapitos de Anchocoño con el cráneo partido en dos. Y sin duda este choque, y la masa encefálica que le quedó pegada en su picha, fue lo que le llevó al colmo de la excitación. Saltó, dando pollazos por doquier, decapitando a unos, desventrando a otros, mientras que, tras él, su madre y una docena de descendientes se masturbaban con los trozos de miembro que, en su furor, había roto, y estaban desperdigados y sangrientos por toda la habitación. De repente se inmovilizó y, erecto, saludó a la romana a su propio esperma que brotaba como la corriente de un río saliendo de madre por la brecha de un dique. Un torrente, un maremoto. La masa encefálica, que era como una boina en su capullo, fue proyectada con inaudita violencia hasta la boca de su bisabuelo Meada de Verga-Baja, que se había quedado inmóvil y transido de admiración. El pobre viejo se ahogó al instante y se le desprendió el rabo, que cayó en el lago de esperma, cuyo nivel subía sin parar y ya llegaba a las rodillas de los descendientes. El órgano caído dejó algunos círculos concéntricos en la superficie de la lechada y desapareció enseguida, devorado por uno de los coños de la colección de Prepucio, quien, la mar de feliz, fue a esconderse en la chimenea para digerir a gusto la noble verga. Pero encontró allí otros coños que se habían refugiado en la chimenea para huir de la tormenta y se organizó una gran batalla por la posesión definitiva del miembro flojo de Meada de Verga-Baja. El mar de esperma hervía como agitado por una oleada de fondo.

Pronto aparecieron en la superficie media docena de coños estrangulados. Pero había demasiados y sólo los primeros habían sido vencidos. Después de un horrible combate que duró varias horas, un chochazo de negra se hizo con el coño y la polla que había sido devorada y lo engulló todo como si fuera un rabanillo. Sin embargo, el nivel de semen vertido subía sin parar y los niños comenzaron a hacer el muerto en la superficie, dando duras patadas a los cojones de su padre, o hundiendo los dedos gordos del pie en el coño de su madre, lo cual, en el primer caso, levantaba enormes espumarajos de esperma que provocaban peleas entre los niños, pues querían recibirlos en sus bocas y bebérselos a chorro.

La leche subía sin cesar... Todos, hombres y mujeres, empezaron a tener miedo, todos a excepción de Chupapollas quien, de pie en medio de la habitación, contemplaba la salida de su torrencial morterada soñando con Pompeya anegada bajo la lechada del Vesubio.

Pajillero los vio desaparecer lentamente bajo las olas crecientes del esperma de su antepasado. Era como si se fueran los compañeros de su infancia, como si ellos le hubieran enseñado, antes que nadie, el mejor modo de descapullar:

—No, así no... Tienes que agarrártela por arriba y apretar, y sin abrir la mano..., la vas bajando... Así, eso es... ¡Muy bien!

La rubia, que apretaba entre sus muslos la cabeza de un niño de seis años, le hacía dar vueltas a la pilila dentro del pantalón, como si se tratara del ventilador de una sala de fiestas de una alcaldía de provincias. La rubia era *Lady Sexolina* Pichadeoro, hija de su tatarabuelo Testiculón de Miculo, y el niño, Calentorro de la Porculada, descendiente en línea directa del compañero de san Luis, Prepucio de la Porculada.

De repente, Pajillero no aguantó más y la llamó:

—¡Sexolina! ¡Sexolina!

Ella se abrió de piernas y fue hacia él diciendo sencillamente:

—Lo que quieras; me encanta. Cuando estuvo a su vera le desabrochó la bragueta y, metiéndole mano, le agarró los huevos, los sospesó, le lamió los labios y murmuró:

—¡By Jove! ¡Qué cacho! ¡Tan gordos como las bolas de cañón de la batalla de Crécy!

Y se los apretaba, los hacía rodar por su piel que se le ponía de gallina. Mientras acariciaba un cojón, cosquilleaba el otro, al tiempo que con la otra mano comprobaba la dureza del sexo.

—Firme como una roca —murmuró otra vez.

Pajillero no podía más. Agarró a Sexolina y la apretó entre sus brazos con un movimiento tan brusco que su picha se hundió en el ombligo de su compañera, que aullaba de placer:

—Métemela, métemela; ya siento cómo se hunde... Me va a llegar a los riñones.

Pajillero estaba ciego y seguía empujando como si quisiera hundir una puerta. Sexolina gritaba, pateaba, se arrancaba cabellos a puñadas y se los metía por el culo y por el coño, metía el puño cerrado en la boca del vizconde, que empujaba cada vez con más vigor y le mordía los puños con rabia en medio de aullidos y estridentes gritos. Se oían blasfemias entrecortadas: «¡Me cago en Dios!», «¡Culo de Papa!», «¡Me estás jodiendo como si hiera la hostia!», etcétera.

Al escuchar «hostia», el vizconde se sobresaltó:

—¡Hostia! ¿Has dicho hostia? ¿Quieres una que te sirva de virgo?

Y el vizconde le arrancó una oreja de un mordisco y se la comió corriéndose, esta vez con suspiros tan profundos que su pecho, al levantarse, aplastaba las tetas redondas y firmes de Sexolina que también se corría riendo y agitando como una loca.

De golpe se separó y se miró la espalda en un espejo:

—No me la has metido a fondo, no ha salido por el otro lado. —Y respondiendo a Pajillero, que de nuevo le hablaba de la hostia, dijo simplemente—: Con mucho

gusto.

Pajillero no cabía en sí de gozo. Sentía que la polla alcanzaba las proporciones de un monumento a los caídos en la guerra.

Sexolina trataba de meter la cabeza entre sus propias piernas y sacaba una lengua desmesurada, aunque no conseguía metérsela en la raja. Pajillero acudió a ayudarla y, estirándole la lengua, logró introducirla en el chochete. Ella la hundió hasta el fondo y la sacó con un golpe seco, como cuando se arranca una muela o un cabello, y lanzó un gran grito:

—¡Ay, que me corro! —Se levantó y se echó encima del vizconde diciendo—: Métemela, iremos así hasta la iglesia.

Sin esperar más, Pajillero la doblegó y le hundió la verga, como un cuchillo, entre las nalgas.

Ella tartajeó:

—¡Pe... pero... si me... me la es... estás me... metiendo po... por el cu... culo!

—¡Qué más da!, o mejor dicho, mucho más bueno. La gozarás más —respondió él.

Y así se marcharon.

Por la calle, los transeúntes, viéndoles caminar de forma tan solemne, se erguían como en los desfiles y, cuando ya habían pasado, la picha se les endurecía agujereándoles los pantalones y surgía luego dándoles apariencia de abanderados. Y las mujeres se sentían magnéticamente atraídas por las pollas que erizaban la calle y se empalaban en ellas aun sin quererlo.

Pronto les siguió una muchedumbre suspirante y gimiente. De repente, el vizconde se detuvo un instante para masturbar a Sexolina y todos se pararon y cesaron los gemidos. Sólo se escuchaba el rítmico chiqui-chaca de las pollas entrando y saliendo de los chochos mojados.

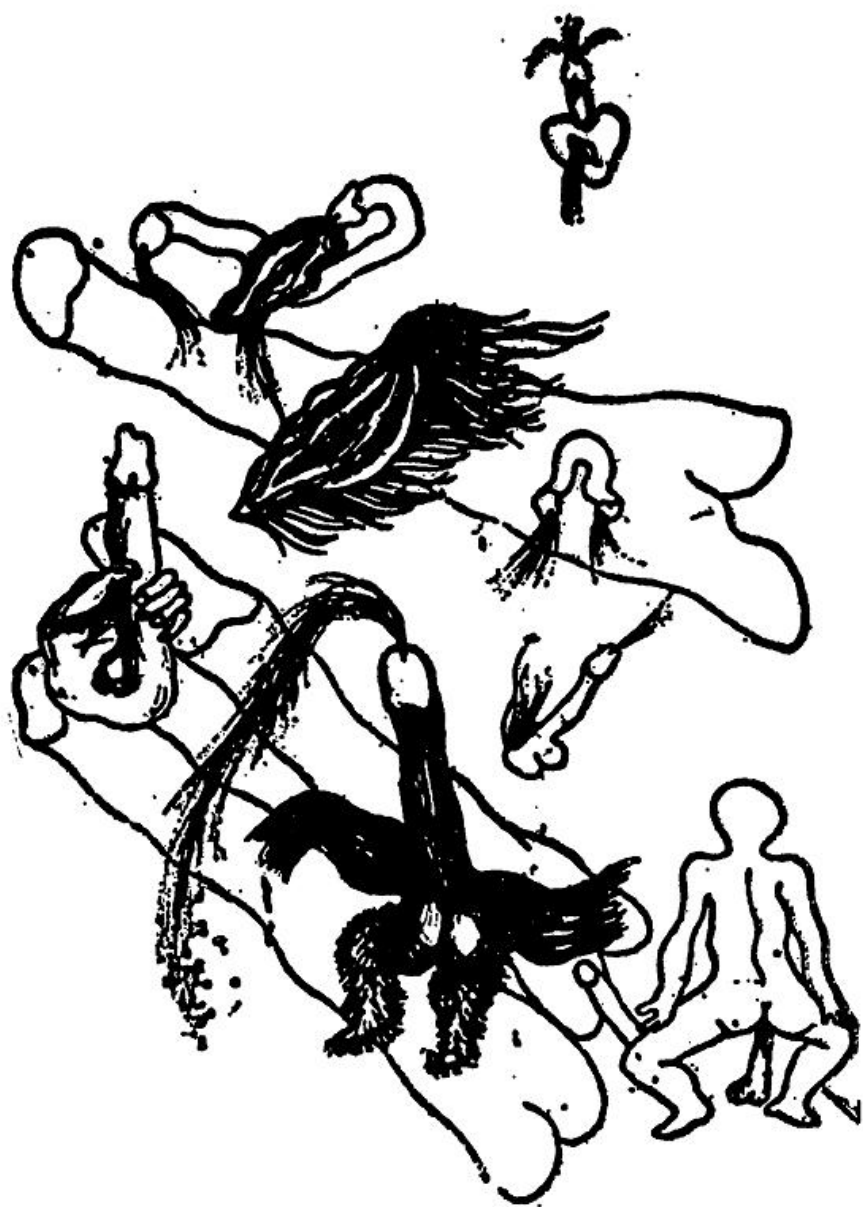
Luego recomenzó la procesión. A la vuelta de la calle, Sexolina y Pajillero vieron la iglesia; sus grandes puertas, abiertas como para una gran ceremonia, parecían haberlo sido en su honor. A pasos lentos, Pajillero y *Lady*

Pichadeoro penetraron en el templo sin dejar de meter la mano en la pila de agua bendita para persignarse, él el agujero del culo, y ella, el clítoris.

La muchedumbre se paró en el pórtico, se arrodilló y continuó jodiendo ardorosamente mientras entonaba cánticos:

De su picha
que me saquen
gozo y semen
Que la meneen
Que la chupen
que la metan
en mi coño

Ya llega Qué torrente de leche
Yo me rindo al poder de tu polla
Oh polla ven a gozar en mi chocho
a gozar y nunca más salir



Amor amor amor a mi coño
amor amor amor a mi polla

En mi culo y en su loor
mete la picha del Salvador
Mueran sus cojones muera su polla muera su capullo
Que muera el Señor en todo culo

Me da por culo el queridillo
Magreadle los cojoncillos
Me da por culo el queridillo
Qué gustazo en el culillo

Desde hace cuatro mil años
mis nalgas le esperaban
Desde hace cuatro mil años
de meneármela no paraba

Se corre en mi boca
Su leche me llena la nariz
Descarga en mi boca
Ah la polla le voy a chupar

Ah qué gorda es y cómo se mueve
Ah cómo pesan sus cojones
Ah qué gorda es y cómo se mueve
y cuán colorado tiene el capullo

Virgen María
en ti me meo
después de joder
Te doy por el culo
te como el chumino
soy un cerdo

Feliz el coño fiel
cuando se hunde larga polla
si es tuyo posees
un felpudo bien mullido

Picha demente
sodomizadora polla
viola viola putillas
de la noche a la mañana

Magéame el culo. Por mi chocho
te la meneo al pie del altar
pernas abiertas y coño abismal
Pierdo el culo y te aplasto los huevos

Siempre la meteré
por delante y por detrás
mientras María se masturba
y me da los buenos días

Me la follaré siempre
es lo que ella pide
hasta que se le moje el coño
gima y grite Más

Me la follaré siempre
a la inmensa gozadora

Pronto la daré por culo
y se la frotaré por el chumino

Su chocho es la prenda
Entre muslos calientes
con la cosquilla de su pelambre
qué feliz será mi lengua

Bendice oh polla roja
el zumo de mis cojones
Queremos a dios es nuestra polla
Queremos a dios es nuestro chocho

Hermoso clítoris
enorme polla
que toca clítoris
y le da gustazo



He aquí mi picha y su leche
son el impulso de mi corazón
ven y enséñame el coño
a la luz de la ventana

Oh verga, oh verga Dulce y gran verga
dame labios dámelos
que se abran y me la chupen
Coloca mis cojones colócalos
encima de tus ojos
Chupa el haba chúpamela
como si fuera pipa de la paz
Te lameré el chumino te lo lameré
con todas las salsas
Gozad en las pilas de agua bendita gozadla
gozadla siempre

Oh qué sucio y piojoso está
el viejo chocho de María
de mi madre podrida
qué sucio y qué piojoso y piojoso

Soy un jodedor he aquí mi gloria
la esperanza está en mi mano
Soy el mayor follador de la historia
Se la meto por el culo a tu perro

Reina de las reinas
tu culo dice sí
folla con perros
piojos y saurios

Baja de lo alto de mi culo
a besarme los cojones
y correos en su coño
Misericordia a todo cojón

Verga esperanza nuestra
extiende sobre nosotros tu capullo
Jódete y jódete a mi tía
viólala hasta el final

He aquí el dulce coño
Pan de mis cojones
Que me llena la boca
de cosquillas y amores

Picha levántate y anda
Un coño enorme te está llamando
Corre al clítoris y te correrás
Follad es la hora de las vírgenes
y follar es gozar



Ya la siento la polla roja
polla auténtica de comanche
Se me clava en la matriz
Ah la gozo Más y Más

Su santa presencia
me llena el coño
de lechada y de esperma
de amores y placeres

¿Qué pasa entretanto en la habitación donde están los abuelos del vizconde? Un viento violento levanta vapores de esperma y se lleva a toda la familia que creía llegado su fin próximo y rezaba masturbándose:

Pichanuestra que estás en un coño
Perforado sea nuestro ano
Corra en nosotros tu esperma
Vacíense tus cojones
así en nuestra boca como en otros rincones
Nuestra mamada de cada día dádnosla hoy
y tocadnos el agujero del culo
así como nosotros se lo besamos
a los que nos han metido mano
y metédnosla bien adentro
Así picha

Los efectos de esta oración fueron inmediatamente sensibles en cada uno de ellos. La leche de sus cojones, batida como mantequilla, cobró nueva vida. «Os vais a enterar», pareció decir. Con un salto, se precipitó a la calle, arrastrando tras ella a toda la familia, que ahora no cabía en sí de gozo. Las mujeres pellizcaban los huevos de los hombres que a su vez les arrancaban pelos del chocho o se corrían en su ombligo. La calle se llenaba de esperma que inundaba los coches, derribando y arrastrando a los transeúntes que no se habían empalmado.

¿He dicho que la familia iba por el mismo camino que Pajillero y Sexolina? Quedaron ambos totalmente sorprendidos cuando vieron llegar a su familia, en el momento en que el vizconde que había llenado de vino consagrado el coño de su compañera y tapado luego con una hostia no menos consagrada, lo saboreaba con lengüetazos que encantaban a Sexolina. Ella deliraba y ululaba palabras sin sentido:

—¡Chúpame el Dios!... ¡Qué rico está así el Buen Dios!... ¡Mucho mejor que frito!...

Y sus brazos, sus piernas, todo su cuerpo se agitaba con tal frenesí que las estatuas temblaban en sus pedestales. Dos de entre ellas acabaron cayendo: una santa Juana de Arco, que quedó reducida a polvo, exceptuando su culo, que quedó intacto, y un san Pablo, que, al caer un poco después, no tuvo más remedio que tirárselo.

Dios era tan bueno con ellos que, tras mear en el tabernáculo, se masturbaron con dos hostias, las cuales, a su vez locas de frenesí, se corrían entre sus manos. La de Pajillero se doblaba dando el culo, mientras que la de Sexolina se ponía de punta tratando desesperadamente de meterse en su chocho. Por fin lo logró, y todos los esfuerzos de Sexolina para sacarla y dársela a comer al vizconde fueron vanos. Sexolina no tardó en parir a un joven Cristo que llevaba la cruz bajo el brazo como si

fuera el portafolios de un ministro.

En vista de lo cual, toda la familia, que, dispersa por la iglesia, gritaba estridentemente follándose a todo lo que se presentaba, se precipitó aullando hacia el neonato.

Sexolina era la que gritaba más fuerte:

—Dadme la Cruz..., sí, así, metédmela por el culo... Pero quiero un brazo de la Cruz; ay, me muero con esto entre las piernas. Continuemos... Quiero el Sagrado Corazón, que me pone tan cachonda... Ah, me corro en su ventrículo... Y a mi clítoris, ¿qué le daremos?... Dadme un pie que me lo meta cual polla... Quiero una de sus manos para masturbarme; me la meto entera en el coño... Que me den su cabeza para metérmela entera por el culo... —Pero, de repente, Sexolina se irguió furiosa—: ¡Miserables! Doy a luz a todo un dios ¿y eso es todo lo que hacéis conmigo? Sólo os ocupáis de estos restos. ¿Y yo no tengo derecho a que me folléis todos después de tal hazaña? A ver, ¿quién de vosotros ha parido a un dios? — Y, abriéndose de piernas, entreabrió los labios de su coño gritando—: Tú, Von Koñel, cuya picha se parece a una cuchara de café, ven el primero. Descarga en la cucharilla y me beberé tu esperma para recuperar fuerzas. Cuando todos los demás hayan gozado, me la meterás tú, Testiculín, después Pichaluenga, Culochocho y Chuminete y etcétera, etcétera. No temáis, mi chocho es de todos, y mi clítoris, siempre duro. Hoy, entrada libre.